

SINÁN, EL BRUJO, por *Luis Alberto Sánchez* (*)

Hay países en los que, por la urgencia de la vida cotidiana, parece como que el sueño tuviese que ser abolido. Las gentes transitan de tal modo apresuradas, que nadie atina sino a verlas por fuera. Y, sin embargo, por herencia, por necesidad intrínseca, suelen mezclarse a los actos las divagaciones, produciendo un género híbrido de comprobaciones y ensoñanzas. Pocos son, din duda, los que consideran al Istmo tierra de arte. Cuesta pensarlo y descubrirlo. Sin embargo, no dista de la realidad tanto como algunos imaginan. Lo comprueba entre otros síntomas, la obra de Rogelio Sinán, y lo ratifica el espíritu crítico de Rodrigo Miró, y el lirismo de Bermúdez, y el retrasado romanticismo de Korsi, por no citar sino a unos pocos.

Rogelio Sinán, a quien hay que conceder el capitanazgo de la literatura panameña, acaba de publicar una novela en cuya trama se mezclan nuevos y viejos zumos. Dentro de una técnica monológica casi, de confianza estrábica, deja fluir sucesos de última hora, deformaciones psíquicas y sexuales, la vida durísima del cabaret panameño y las incubaciones de un Des Esseintes recalentado por el trópico. Así es «*Plenilunio*», libro de un alma retorcida y enferma, simbiosis de sensualidad y angustia, donde la muerte y la locura se dan cita en una cabeza perdida cada vez que se asoma, en toda su majestad, la luna.

Rogelio Sinán pertenece a la generación post-novecentista. Hombrecillo silencioso, de tez muy oscura, de ojos de fakir, propósitos inalcanzables y modestia de médium, a él se debe la renovación lírica istmeña, desde su libro «*Onda*», y en él se reúnen los esfuerzos por dar un tono universal al Panamá lite-

(*) A propósito de los diversos comentarios que, en pro y en contra, ha motivado la novela «*Plenilunio*» de Rogelio Sinán, nos parece oportuno reproducir la nota que sobre la obra en discusión ha escrito Luis Alberto Sánchez, actual Rector de la Universidad de San Marcos de Lima.

rario. Sinán, ha viajado por todo el mundo, sin excluir la India, en donde como los chilenos Neruda y Marín, ancló algún tiempo para amamantarse de misterio. Su nombre aparece en todas las antologías de verso, cuento y ahora, figurará en las de novelas. Eduardo Mallea, hombre de gustos difíciles, lo incluyó con «Hechizo», en una memorable selección de relatos. Sinán ha tenido que ser, como ciudadano cabal de una república en donde aún no se han podido diferenciar las vocaciones, maestro, cónsul, periodista, archivero, más siempre escritor.

De tan contradictorias experiencias no ha extraído sino una: seguir soñando. Aquí o allá, en cátedra o escritorio, él es quien es: individuo sitibundo, cordial diligente, de corta palabra y un mirar brujo que taladra al contertulio, aunque éste se llame ilusión. Podrán escapar a su perspicacia las formas exteriores, nunca las íntimas. Acaso, y así lo traduce «Plenilunio», lleva en sí, invicto, el dolor de pertenecer a la copiosa e insatisfecha clase de los mestizos panameños, tan adiestrados en el despecho por la constante presencia del orgulloso y racista blanco del sur de Norteamérica, uno de los peores de cuantos racistas ha habido y hay en el mundo. La obra entera de Sinán resuda esta actitud, y obliga a meditar al respecto.

Pocos países poseen mayor cardumen de temas novelescos que Panamá, por los conflictos raciales y económicos en su seno. Pocos, sin embargo, han dado menos novela, si la han dado. Ello demuestra que una novela no brota de roce inmediato, sino que de largo maceramiento. Es inútil ver, si no se ha delimitado, previamente, gracias a dilatadas reflexiones, lo que la realidad contiene de perdurable y lo que, aunque impresionante está destinado a perecer con la anécdota cotidiana. Por eso, cuando en Perú, por ejemplo, se dice que los escritores *debieran* escribir novelas, se incurre en el yerro de sostener que escribir y fabricar son un solo y mismo acto. El arte puro y el arte aplicado se pueden confundir cuando los peina la misma brisa de fe profunda, por ejemplo, la beatitud colonial y la mística del

Medioevo. De otro modo, sin este común denominador, cada cual reclama su propio campo, inmune a primarias confusiones de críticos apresurados.

«*Plenilunio*» representa, pese a ciertas explicables vejezas técnicas, un esfuerzo espontáneo, poético, pues, para calar en la entraña de lo panameño, sin mengua de lo universal. Los localismos apenas sirven para indicar que hay un mundo, el de Panamá, en donde también pueden surgir almas tan impares como las de el elenco de esta novela. Si uno compara, llevado por analogías de episodios, la obra de Sinán, con la muy circulada «*Canal Zone*» de Aguilera Malta, comprende que la una está hecha a pura anécdota, mientras la otra se elabora a esfuerzos de pura esencia. Y el arte no es ni puede ser otra cosa que un profundo coloquio con lo esencial, conseguido o intentado, pero de ninguna manera desdeñado o traicionado.

(Reproducido de «*La Tribuna*», de Lima, nov. 10 de 1947)



«CALEUCHE» de *Magdalena Petit*

La mujer chilena se hace sentir en múltiples campos del pensamiento y de la acción de su país. Hemos aprendido a estimarla de lejos, de cerca nos sale al encuentro con ofrendas literarias de profundo sentido poético y noble participación humana.

Con más datos y mejor conocimiento habremos de intentar en el futuro un análisis de este hecho que se nos impone ahora como un dato de primera mano.

La mujer chilena estudiada en su propio medio, adquiere personalidad y relieve que es muy difícil imaginar de lejos.

En esta vez queremos referirnos de manera especial a Magdalena Petit, que gentilmente ha puesto en nuestras manos su último libro. Es una novela de ambiente chileno. Ella, que ha enriquecido el acervo de la novela histórica y social de su